

tudente hasta el día del juicio; gracias que á todo marido se le ocurre en tales circunstancias hacer á su cara mitad esta observación. Luego tú crees que los hombres son tan sandios que al pensar en contraer matrimonio se fijan en las galas de las mujeres más que en sus prendas morales. Todo el mundo sabe cómo terminan siempre estas escenas conyugales; la madre y las hijas se quedan llorando, y el padre se marcha de casa bufando hasta que descargue el nublado.

Error crasísimo el de aquellas madres que creen que el lujo de sus hijas son imán poderoso que atrae á los novios.

Ese sistema es, por el contrario, contraproducente; porque como ya no estamos por fortuna en los tiempos de *contigo pan y cebollas*, cada cual hace sus cálculos al contraer matrimonio, todos echan sus cuentas á ver los medios de que pueden disponer para sufragar los gastos que forzosamente trae consigo la sociedad conyugal, sin que en esos cálculos entre para nada el interés, sino la necesidad y el buen criterio.

Todos incurrimos en el defecto de hacer girar á nuestras hijas en un círculo superior al que les corresponde, defecto capital que desgracia al bienestar de las familias. De ahí que cada vez se hacen más difíciles los matrimonios en la clase media. Un dependiente de comercio, ó un joven médico ó abogado que viva cada cual únicamente con el producto de su trabajo, se ve en la imposibilidad de unir su suerte á la de una señorita decente, si ésta ha de conservar el fausto y el lujo, ó mejor dicho, la falsa posición que ostentaba en casa de sus padres; pues al tratar con éstos la parte económica que precede á todo enlace, resultará que la niña no sólo no aporta ningún dote á la sociedad conyugal, sino que lleva por el contrario un capital negativo, tal es la necesidad de vestir seda, gastar sombreros y lucir sus encantos en un palco en el teatro, sin que agreguemos á estas calamidades, para no exagerar el cuadro, que la novia no está acostumbrada á ocuparse de las faenas domésticas, siempre encomendadas á los criados, y que necesita piano, porque ha recibido una educación esmeradísima, como que toca, canta, pinta y habla francés.

Fuerza es, pues, convenir en que el enemigo más formidable del matrimonio es la mujer que se deja dominar por el lujo, no precisamente por lo que cuesta sostenerlo, sino por el cortejo funesto de exigencias y despilfarros que trae siempre consigo.

Deplorable es para el hombre pensador el espectáculo diario que presentan las calles y los paseos, donde el lujo de muchas mujeres, impropio de su posición pecuniaria y social, hace saltar á la vista un mundo de miserias internas, en el que las necesidades reales y efectivas se supeditan acaso á las necias y triviales exigencias de la moda.

Si ésto no fuera doloroso por las lágrimas que se entreven á través de la seda, sería ridículo, porque ridiculez y cursilería es aparentar á costa de mil sacrificios un *desahogo* económico en quien nadie cree, y especialmente en poblaciones donde todos nos conocemos.

JOAQUÍN SALBOCH.

LA JUSTICIA SOCIAL.

A la distinguida escritora española Sra. D^a Concepción Gimeno de Flaquer.

I

Era una noche espantosa,
Sin tempestad, silenciosa,
De profunda lobreguez.
La quietud se enseñoreaba....
En tanto el agua goteaba
Congelándose al caer.

¡Noche triste cual ninguna!
Al dar el reloj la una
Al lejos oí gemir....
¿Quién sufrirá? me pregunto,
Y temblando llego al punto
Do los gemidos oí.

Cabe una puerta cerrada
Vi que, negra, rebozada
Una sombra se agitó:
Me acerco, la hablo, la toco,
Y el rostro alzó poco á poco,
Callando la débil voz.

Entonces una mano fría

Asió, temblando, la mía
Y se oyó un suave: «¿quién es?»
La bondad de Dios es plena;
El me envía á que tu pena
Alivie, le contesté.

II

Y de harapos cubierta, una mujer,
Arrodillarse quiso en ese instante....
Al duro pavimento volvió á caer
Con acento, diciéndome, espirante:
«Yo soy una infeliz á quien el mundo
Con saña cruel mi insensatez castiga;
Hoy me desprecia cual reptil inmundado,
Y el corazón herido me atosiga.
¡Yo era inocente y por demás dichosa!
Mi alma tan pura como el blanco armiño:
Y también, por desgracia.... era hermosa,
Pero sencilla, cándida cual niño.
Del amor ignoraba los misterios,

De la dicha su pérfida inconstancia,
Y, loca, yo soñé otros hemisferios
Saturados de célica fragancia.

Ay; Un hombre, con frases seductoras
Y con acento melodioso y tierno,
Me dijo: «Si cual te amo tú me adoras,
«Mi amor será, como ese sol, eterno.»
Y yo escuché su voz, sí: con delirio;
Ciega le amé como se adora á Dios,
Y me incliné como se dobla el lirio,
Y mi albedrío fué del suyo en pos....

El, las alas, más blancas que la nieve.
Del ángel, con caricias arrancó....
Y aquel ángel, de crimen tan aleve
La inmensa enormidad no comprendió.

Si, le creí y le amé...; Oh, cuánto, cuánto!
Después... me abandonó... Aquí en mi frente
Un estigma dejó que me da espanto,
Y, aquí, en el corazón llaga latente.

Después, errante, sola, sin consuelo,
He vagado en desierta periferia,
Del fiero desengaño en mar de hielo,
Devorando el horror de la miseria.

Oye, por compasión, quienquier que seas,
Ángel que Dios para mí bien te envía,
Antes que el fin de mi existencia veas....
¡El término feliz de mi agonía...!

Quiero entregarte mi tesoro inmenso,
A tí, ángel bueno, que mi historia oíste.
Que, cual le adoro, le amarás, yo pienso....
¡Porque es su signo desgraciado, triste!

Mira: es mi hijo, sí.... Ay! es mi hijo...
Aquí está. Dale un beso. Ay! es tan bueno...
Que lo ames, por piedad, eso te exijo.
Es... su padre.... D. Lope de Centeno....»

III

Dijo, y la frente inclinando
Sobre el dolorido pecho,
Y estrechando entre sus brazos
Al infeliz pequeñuelo,
Exhaló el postrer suspiro
Al darle el último beso.
Convulsa y trémula arranco
Del inanimado seno
Al niño, que quizá duerme,
Porque permanece quieto.
Cojo mi preciosa carga
Y á una opaca luz me acerco:
Ansiosa descubro el rostro
De aquel querube y le veo....
Sus ojos están cerrados
Y... sus labios entreabiertos;
Heladas sus manecitas,
No se percibe su aliento....

Le llamo, angustiada, y sólo
Contesta, apiadado, el eco....
Le alzo en mis brazos.... Dios mío!
¡El también estaba muerto....!!

IV

¡Dos víctimas inocentes
Expiando un crimen ajeno!
Del paraíso dos ángeles
Empujados al infierno.
Del desprecio abrumador
Del mundo injusto y severo
Con el sér más generoso
Y sensible, el débil sexo.
Esa mujer soñadora
Que el orbe encontró pequeño
Al sentir de amor la llama
Que abrasó su virgen pecho:
Esa madre abandonada
Por un Tenerio perverso,

Guatemala, Diciembre 8 de 1886.

Que mató las ilusiones
De un porvenir lisonjero:
Ella.... dió por él la vida,
Y más, mucho más que eso,
Su honor, único tesoro,
Cuyo valor es inmenso;
¡Pero, tan niña, ignoraba
Que el honor no tiene precio...!

V

A poco, esa misma noche,
Se oyen alegres acentos
De canto y música, y digo:
¡Esa es la vida! Y me acerco
A un suntuoso palacio,
Donde en el salón, espléndido,
Efectuábase un gran baile,
Do el placer tiene su imperio.
¡Oh, qué profusión de luces
A los diamantes hiriendo
De las artísticas joyas
En los femeniles cuellos;
Las sortijas, los pendientes
Multiplican los reflejos!
¡Cuántas bellísimas flores
Sus aromas esparciendo!
¡Qué cortinajes, qué alfombras...!
De seda y oro cubierto
Está el tapiz que decora
Aquel, de la dicha, templo.
Irradiaba la alegría
En los rostros lindos, tersos,
De las damas elegantes
Y jóvenes caballeros.
Y se conversa y se canta,
Se brinda en prosa y en verso,
Al raudo compás del vals
Vuelan, en abrazo estrecho,
Las bulliciosas parejas
Por aquel salón extenso.
Ahí, entre un grupo, está un hombre
Gallardo, joven, apuesto,
A quien todos, saludando,
Su mano estrechan, atentos.
Es el dueño del palacio,
Al que colman de festejos....
«Es muy honrado, repiten,
«Un cumplido caballero,
«Intachable es su conducta,
«Nobles son sus sentimientos.»
¿Cómo se llama, pregunto,
Ese, que es de hombres modelo?
Respetuosos contestaron:
¡Es D. Lope de Centeno...!!

VI

Al que es rico, siempre rinde
La sociedad mil honores,
Y acata y casi venera
Al que es fuerte, se supone.
No usa puñal; es honrado
Mientras vil metal no robe....
Pero puede, el caballero,
Aquel intachable hombre,
Con la sonrisa en los labios,
Asesinar seres nobles;
Mas débiles é inocentes,
Inofensivos y pobres....
Y puede, también, robar
El honor, no hay quien lo estorbe,
¿Acaso hay leyes, acaso,
Para crimen tan enorme?
¡Aplaudan al victimario
Y á la víctima apostrofen,
Que es liviana la mujer....
Pero es honrado D. Lope.

CARMEN P. DE SILVA.